

El movimiento cruzado y sus inicios

¿QUÉ ES LA CRUZADA?

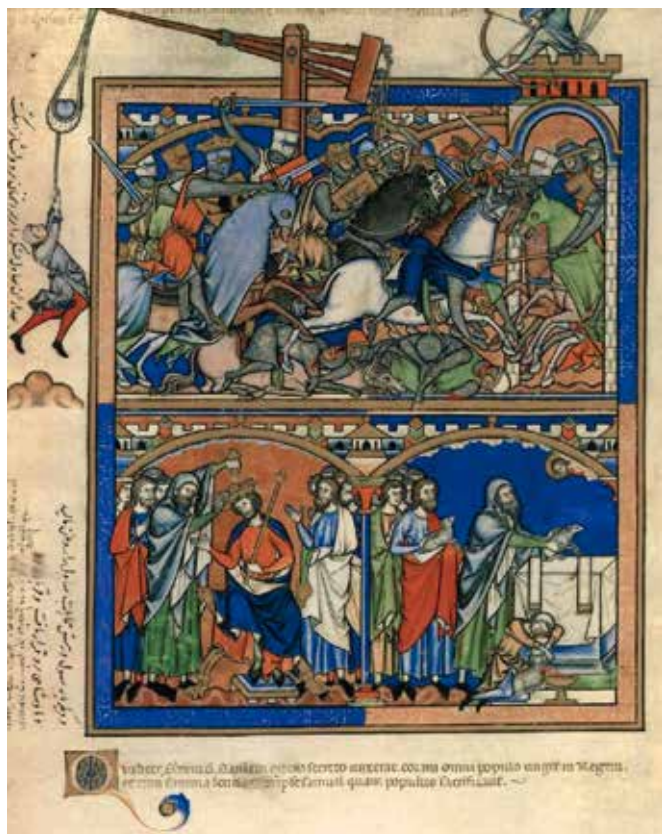
La cruzada es la manifestación más desarrollada de la guerra santa cristiana. Esta hunde sus raíces en el pensamiento de san Agustín (siglo v), aunque no cristalizará hasta siglos después, cuando los papas del siglo xi la utilicen como medio para defender los intereses de una Iglesia cada vez más poderosa. Uno de esos papas, el último del siglo xi, Urbano II, fue quien concretamente «inventó» la fórmula de la cruzada. No se trataba ya de defender los intereses de la Iglesia: se trataba ahora de defender la Cristiandad, o al menos eso es lo que quiso proclamar el papa en el concilio de Clermont en 1095. Pero, ¿por qué y de quién había que defender la Cristiandad?

La Cristiandad en el siglo xi, tal y como la concebían los papas, era la manera de organizar el conjunto de Europa bajo el liderazgo de la Iglesia de Roma. En realidad, era algo nuevo, de lo que empezó a tomar conciencia el pontificado en el momento en que tuvo fuerza para plantear su liderazgo. La Iglesia había sido débil, y muy poco consistente la institución pontificia, en los largos siglos de la alta Edad Media, pero el siglo xi supuso un cambio. Circunstancias políticas y el desarrollo de una eclesiología teocrática que concedía la máxima autoridad en la Iglesia a la monarquía pontificia, transformaron la situación. Desde esa fortaleza, el papado quiso ejercer un auténtico monopolio doctrinal y disciplinario sobre el conjunto de la Iglesia y el conjunto de la Cristiandad, y no tardaron en surgir enemigos por doquier. El monopolio doctrinal, por un lado, estimuló la aparición de no pocas herejías que el pontificado procuró eliminar con contundencia. El monopolio disciplinario, por su parte, hizo saltar chispas en la Iglesia oriental que, a partir de entonces, se separó definitivamente de la obediencia papal, conformando lo que hoy conocemos como Iglesia ortodoxa.

Si el papa era capaz de hacer con éxito un llamamiento a la naciente Cristiandad contra un enemigo por todos reconocible, sin duda se apuntaría un tanto frente a todos sus rivales

Pero ese monopolio disciplinario también planteó problemas a las autoridades políticas de Occidente –de modo especial el emperador germánico-, que venían nombrando a sus propios obispos sin que Roma tuviese margen para intervenir. Ahora el papa quería hacerse con el control de esos nombramientos, pero perdió el primer asalto de su particular pugna con el emperador alemán en lo que vino a llamarse «la guerra de las investiduras».

La derrota papal se tradujo en exilio, porque Enrique IV, el titular del Imperio romano-germánico, había ocupado militarmente Roma e impuesto un papa dócil con respecto a sus puntos de vista. Por eso Urbano II predicó la cruzada desde una localidad francesa y no desde Roma. Por tanto, en aquel año 1095 el papa se sentía amenazado: los herejes pululaban por Occidente, y la mitad de la Iglesia, toda la mitad oriental, no le obedecía; para colmo, su autoridad estaba también en cuestión en Occidente, donde el emperador le impedía pisar el palacio de Letrán. La cruzada se presentaba como una posible solución a un panorama tan negativo. Si el papa era capaz de hacer con éxito un llamamiento a la naciente Cristiandad contra un enemigo por todos reconocible, sin duda se apuntaría un tanto frente a todos sus rivales. Ese llamamiento debía de generar un consensuado sentimiento de adhesión, y la defensa de Jerusalén y de los Santos Lugares frente a la profanadora presencia de los musulmanes, podía concitarlo, y así fue. No importaba que entonces la situación de las comunidades cristianas allí no fuera peor que en otras coyunturas, ni que los musulmanes, divididos entre sí, y enfrascados en una lucha por el control de Palestina, no fueran objetivamente una amenaza para Occidente. Lo que realmente importaba es que sí era la coyuntura adecuada para el papa y para su proyecto de liderazgo occidental. Es así como nace la cruzada.



|| *Biblia Maciejowski* o *Biblia de los Cruzados* (fol. 23v), con un detalle que representa a Saúl matando a Nahash y a los ammonitas (ca. 1240).

por su naturaleza y características, se diferencian claramente entre sí: la llamada «cruzada de los pobres» y la también conocida como «cruzada de los caballeros».

LA CRUZADA POPULAR

La primera de ellas lo fue también en el tiempo. Urbano II había predicado la cruzada en noviembre de 1095 y ya en marzo de 1096 una masa de fieles enfervorecidos, muchos de ellos andrajosos y mal armados, y también tullidos y enfermos, se pusieron en movimiento bajo el liderazgo de un curioso personaje, Pedro el Ermitaño. ¿Qué explicación cabe dar a este fenómeno espontáneo de respuesta popular al llamamiento papal de Clermont? Para responder a la cuestión es preciso tener en cuenta varias circunstancias. La primera, la propia ambigüedad del discurso del pontífice. No es fácil reconstruirlo porque nos ha llegado a través de cinco versiones distintas y relativamente tardías. Pero es evidente que el papa habló de recuperar Jerusalén, y también es bastante probable que Urbano anunciara un «tiempo nuevo» que se impondría tras su conquista. El papa se refería con toda seguridad a una nueva era de liderazgo eclesiástico en la que su poder no se cuestionaría, pero asociar «un tiempo nuevo» con Jerusalén era algo que podía despertar la sensibilidad a flor de piel de una sociedad conocedora, mucho más de lo que nosotros podamos pensar, del contenido del Apocalipsis, o al menos de lo que los predicadores populares transmitían acerca de él. Entre otras cosas, que la limpieza del Jerusalén terreno –y eso es lo que significaba expulsar de ella a los musulmanes– era requisito previo para la bajada del Jerusalén celeste, el momento del cumplimiento del tiempo actual, cuando Cristo descendería para acabar con el mal, hacer justicia y vengar a los oprimidos. Era un mensaje atractivo para quienes no tenían nada que perder: un camino de salvación que podía convertir a los pobres, los preferidos de Dios, en los aliados de Cristo en los últimos días. El papa nunca hubiera dicho esto, pero la ambigüedad de sus palabras sumaba entusiastas seguidores que, en muchos casos, hicieron una lectura especialmente radical y escatológica de su discurso.

¿Qué definición cabe hacer de ella? Se trata de una guerra santa convocada y liderada por el papa –nunca por un poder secular– que tiene por objeto vengar la oprobiosa humillación sufrida por Cristo en la tierra donde nació, murió y resucitó. Una guerra que compromete a quien la practica mediante un voto solemne, y que le proporciona, por tratarse de una acción meritoria, la satisfacción de las penitencias por los pecados que hubiera podido cometer, mediante la concesión de indulgencias. Era una guerra única y definitiva, un «camino» (*iter*) de salvación –*iter* es el nombre que recibió y no el de «cruzada», que es bastante posterior–, que permitiría recuperar la fuente principal de la gracia cristiana, el Sepulcro de Cristo, y que permitiría también dar un vuelco a la situación político-religiosa de la Cristiandad, reforzando en ella la figura del papa.

En definitiva, la cruzada anunciaba un tiempo nuevo que habría de ser irreversible. Por definición, por tanto, la cruzada era única y definitiva. Así al menos la concibieron sus responsables. Como veremos, sin embargo, su relativo fracaso la convirtió en la «primera cruzada», a la que habrían de seguir otras para completar una tarea que nunca llegaría a ser concluida.

¿Cómo se desarrolló la primera cruzada? Por lo pronto, conviene aclarar que no hubo una única primera cruzada. Si identificamos una cruzada con una expedición, fueron varias, y en oleadas sucesivas, las que compusieron la que conocemos como la primera. Nos fijaremos fundamentalmente en dos expediciones distintas que,

El impacto de una interpretación de este tipo en la masa de campesinos y trabajadores empobrecidos del noreste de Francia y del oeste de Alemania, zonas muy castigadas por sequías y hambres en los años anteriores a 1095, y de donde salió el núcleo principal de la cruzada popular, constituye la segunda de las circunstancias aludidas. Ese núcleo vio en el discurso papal el cumplimiento de las esperanzas mesiánicas, y el mesianismo, no lo olvidemos, es una doctrina de esperanza que asocia la posesión de Jerusalén con la idea de justicia, salud y felicidad, sin duda el «tiempo nuevo» que anunciaba el papa.

Pero nada de ello se habría producido sin la existencia de predicadores capaces de transmitir y mantener vivas estas creencias, predicadores ajenos a los «oficiales» de nombramiento



Caballeros defendiendo Jerusalén.
Biblia de Saint Bertin de Saint-Omer (ca. 1200).

papal. Esos predicadores eran ermitaños con aureola de santidad, considerados como profetas por el pueblo. Especial carisma tuvo Pedro el Ermitaño, natural de Amiens, un hombre austero que nunca comía carne ni pan y que se desplazaba en un asno del que sus seguidores arrancaban pelos para guardarlos como reliquias. Decía haber peregrinado a Jerusalén y haber recibido allí el encargo divino de limpiar los Santos Lugares de la presencia sacrílega de los paganos.

La cruzada popular movilizó por tierra –desde Colonia a Constantinopla tardaron cerca de cuatro meses– a una enorme cantidad de personas, en torno a veinte mil. Hubo dos notas que la caracterizaron. Por un lado, el igualitarismo social que propugnaba. Los seguidores de Pedro el Ermitaño estaban convencidos de protagonizar una misión histórica que traería la salvación al mundo, y de modo particular a los pobres y oprimidos. Todos estaban llamados a participar en ese peregrinaje de salvación: hombres, mujeres, niños, ancianos, enfermos y personas de distinta condición social empobrecidas por las circunstancias económicas o por la voluntaria renuncia a sus bienes. Se sabe que participaron también cientos de nobles venidos a menos y no pocos clérigos radicalizados.

La segunda característica de la cruzada popular es la de la violencia purificadora que llegó a poner en práctica. Los seguidores de Pedro el Ermitaño estaban también convencidos de que su misión salvífica no sería posible si no se contribuía decisivamente a eliminar los obstáculos que se oponían a ella: los infieles que abominaban del nombre de Cristo. En primer lugar, los judíos, que lo habían vendido y que, en la conciencia popular, colaboraban con los musulmanes en su ofensiva contra los cristianos: tan solo en los meses de mayo y junio de 1096 desaparecieron entre cuatro y ocho mil judíos, especialmente en las grandes ciudades renanas de donde seguían partiendo oleadas de cruzados populares.

Esa violencia se mantuvo a lo largo del corto desarrollo de esta cruzada, prácticamente liquidada por los musulmanes antes de que finalizara el año 1096. Pues bien, fuera ya del control del propio Pedro el Ermitaño, que abandonó a los suyos huyendo a Constantinopla antes del desastre final, quedaron partidas de harapientos cruzados, los llamados *tafures* o «vagabundos», cuyos episodios se mezclan con la leyenda en narraciones de violencia inusitada, incluidas escenas de canibalismo. Aunque, despreciados por los caballeros cruzados y temidos por los musulmanes, parece que fueron útiles por su temeroso valor y su fiereza. Obedecían a un líder, el «rey Tafur», un personaje semilegendario a quien algunas crónicas identificaban con un caballero normando que había perdido todos sus bienes.

LA CRUZADA DE LOS CABALLEROS

Aunque la ambigüedad del discurso papal puso en movimiento a muy diversos sectores sociales, lo cierto es que el papa tenía sus ojos puestos en los caballeros. De hecho, cuando hablamos de la «cruzada de los caballeros», estamos refiriéndonos a la protagonizada por un amplio colectivo de profesionales de la guerra (*milites*) caracterizados por un ideal común: el del espíritu caballeresco.

Ese ideal es una realidad que comienza a construirse a lo largo del siglo *x*, aunque no acabará de consolidarse hasta muy avanzado el *xii*. Nace de la necesidad de dar cohesión a un heterogéneo grupo social integrado tanto por nobles «jóvenes», es decir, desfavorecidos por los mecanismos de blindaje de la propiedad señorial –como el de la primogenitura muy presente en el norte de Francia– como por hombres libres de extracción humilde que, como vasallos, se hallaban al servicio de otros más poderosos. Esta ideología cohesionadora, sin duda influida por la Iglesia, consistía fundamentalmente en una ética de protección al desvalido y en la búsqueda de la justicia, y se basaba en una práctica de la guerra que hacía de la destreza en el uso de la lanza una señal de identidad.

Pues bien, este fue el contingente principal que se sumó a la cruzada, proveniente de lo que actualmente es Francia, oeste de Alemania y tanto la Italia del norte como la normanda del sur, y lo hizo en parte por sus propios condicionamientos socioeconómicos

y en parte también por sus ideales caballerescos y religiosos. Naturalmente, a estos contingentes se sumaron grandes aristócratas que poco a poco habían ido impregnándose de los ideales caballerescos, pero que también pudieron actuar por motivos de ambición política o personal. Entre ellos se encuentran los cuatro principales líderes de la cruzada, que comandaron cada uno de ellos su propio contingente militar. Ese contingente en conjunto podía ascender a unos cuatro mil caballeros y treinta mil peones. El primero de esos líderes era Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, vasallo del emperador, pero pasado a las filas del papa, y no dudaba en proclamarse descendiente de Carlomagno; el segundo, Bohemundo de Tarento, hijo de Roberto Guiscardo, uno de los conquistadores de Sicilia, pero desposeído por su padre de la herencia siciliana en beneficio de su hermano; el tercero, Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, un viejo guerrero que probablemente había combatido en España y cuya hija natural, Elvira, fue casada con Alfonso VI; y, finalmente, Roberto de Normandía, el primogénito de Guillermo, el conquistador de Inglaterra, que había heredado el ducado de Normandía y que lo llegó a hipotecar para poder convertirse en cruzado.

Los cuatro ejércitos partieron hacia Oriente en tiempos y desde lugares diferentes, y utilizando rutas diversas, terrestres y marítimas, pero acabaron concentrándose en Constantinopla. Su marcha, liderada por un legado del papa, el obispo Ademar de Monteil, resultó infinitamente más ordenada y menos tumultuosa que la de sus predecesores «populares». Desde allí la cruzada se puso en marcha con el lejano objetivo de conquistar Antioquía, una estratégica ciudad bizantina que había caído en poder de los musulmanes y que era clave en el ulterior avance hacia Jerusalén. Antes de llegar a Antioquía era preciso atravesar la peligrosa Anatolia, toda ella también en manos musulmanas, pero los cruzados obtuvieron una primera gran victoria en el valle de Dorileo, cerca de la moderna ciudad de Eskishehir, el 1 de julio de 1097.

Sin embargo, a partir de entonces comenzaron las dificultades. Antes del cerco de Antioquía, los cruzados, enfundados en sus lorigas, hubieron de completar el itinerario anatolio sufriendo el implacable rigor estival de sus desérticas estepas. En octubre de 1097 se hallaban ya ante los imponentes muros de Antioquía, reforzados por las cuatrocientas torres erigidas por Justiniano en el siglo VI, y el cerco se mantendría durante más de medio año; el hambre que lo acompañó produjo todo tipo de efectos, incluidas notables deserciones. Finalmente, y gracias al pago de una traición, los cruzados pudieron entrar en la ciudad en junio de 1098, pero ante la llegada de refuerzos musulmanes, finalmente, se convirtieron de sitiadores en sitiados. El desánimo cundió entre ellos. Era preciso que algo extraordinario sucediese para renovar el espíritu y la esperanza de los cruzados, y oportunamente fue hallada en la vieja catedral de la ciudad la lanza de la Pasión de Cristo que, escepticismos aparte, los líderes cruzados presentaron como manifestación del apoyo divino a su causa. El efecto psicológico fue muy positivo y, antes de acabar aquel mes, los occidentales

consiguieron atraer a los musulmanes a campo abierto, derrotándolos estrepitosamente gracias a una de sus famosas cargas de caballería pesada.

El siguiente y definitivo objetivo sería Jerusalén. Después del necesario descanso, la cruzada se puso en marcha en enero de 1099, pero las rivalidades de sus líderes impidieron que la llegada a las inmediaciones de la Ciudad Santa se produjera antes de junio de aquel año; fue entonces cuando los cruzados, desde el promontorio que bautizaron con el nombre de *Montjoie*, el «Monte del Gozo», pudieron observar emocionados el espléndido perfil de Jerusalén. El asedio comenzó de manera inmediata, pero se tardaría algo más de un mes en obtener su capitulación. Las extraordinarias defensas naturales de la ciudad, la impresionante ciudadela o *Torre de David* que la defendía, y el tórrido verano del desierto de Judea no eran buenos avales para una rápida conquista. Las dificultades finalmente se vencieron y en la madrugada del 14 de julio quedaron abiertas las primeras brechas en sus potentes muros. La ciudadela fue rendida y se inició entonces una injustificada matanza solo explicable por el fanatismo enfermizo de unos cruzados llevados al límite de su resistencia física y psicológica. Todo un arzobispo latino, Guillermo de Tiro, todavía unas décadas después recordaba que «la ciudad ofrecía un espectáculo de tanta carnicería de enemigos, de tanto derramamiento de sangre, que hasta los mismos vencedores quedaron llenos de horror y de repugnancia». Los musulmanes, desde luego, tardarían mucho en olvidar tan escandaloso acontecimiento, del que, por otra parte, nunca llegó a enterarse el papa Urbano II, el responsable de poner en marcha la cruzada, que moría precisamente en el transcurso de aquel mes de julio de 1099.

Jerusalén había caído en manos cristianas, y ese era el objetivo de la cruzada, pero el «nuevo tiempo» anunciado por el papa no llegó nunca: la cruzada se vería sucedida por las cruzadas.

Las dificultades finalmente se vencieron y en la madrugada del 14 de julio de 1099 quedaron abiertas las primeras brechas en los potentes muros de Jersusalén



CARLOS DE AYALA MARTÍNEZ

Carlos de Ayala Martínez es catedrático de Historia Medieval en la Universidad Autónoma de Madrid y autor de *Las Cruzadas* (Madrid, Sílex, 2004).